

Artículos



Nela Rio. Latidos del regreso

EL MOMENTO INICIAL DE *PEDRO PÁRAMO*

Pol Popovic Karic

Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey

pol.popovic@itesm.mx

RESUMEN

El concepto de “momento axial” o “momento inicial”, que Paul Ricoeur propone en *Tiempo y Narración III*, representa el marco teórico de este análisis de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Se propone la escena del juego con el papalote como el punto axial alrededor del cual gira la trama de esta novela. También se muestran otros dos momentos que se relacionan con el primero y a través de ellos se establece una red de relaciones afectivas, pragmáticas y económicas que constituyen la estructura de esta obra.

Palabras clave: Juan Rulfo, Pedro Páramo, Paul Ricoeur, literatura mexicana.

ABSTRACT

The concept of “axial moment” or “initial moment”, which Paul Ricoeur proposes in *Time and Narration III*, represents the theoretical framework of this essay on *Pedro Páramo* by Juan Rulfo. The scene with the kite is proposed as the axial point around which the plot of this novel turns. Two other moments stem from the initial one and they establish a network of affective, pragmatic and economic relations that constitute the structure of *Pedro Páramo*.

Key words: Juan Rulfo, Pedro Páramo, Paul Ricoeur, Mexican literature.

RÉSUMÉ

Le concept de “moment axial” ou “moment initial”, proposé par Paul Ricoeur dans *Temps et Narration III*, constitue le cadre théorique de la présente analyse de *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Nous envisageons la scène du jeu avec le cerf-volant comme point axial autour duquel tourne la trame de ce roman. Nous nous intéressons aussi à deux autres passages liés au premier, établissant ainsi un réseau de liens affectifs, pragmatiques et économiques qui constituent la structure de cette œuvre.

Mots-clés: Juan Rulfo, Pedro Páramo, Paul Ricoeur, littérature mexicaine.

I. Introducción

En la crítica literaria, se ha hablado –y de manera pertinente– de la fragmentación, del anacronismo y de la circularidad en la novela *Pedro Páramo* (1986) de Juan Rulfo. Sin embargo, estas características de la obra no significan que no haya un punto inicial o principal al que Paul Ricoeur nombra el “momento axial” (812). Este término implica la noción del “eje central” alrededor del cual giran distintos elementos. Al sustituir esta representación mecánica con la temporal, el eje queda representando el inicio y la referencia que definen a la vez la ubicación y la interdependencia de los acontecimientos posteriores.

Las relaciones entre el momento inicial y los acontecimientos posteriores pertenecen a dos categorías. Por un lado, los sucesos se relacionan con el momento inicial; y por el otro, entre ellos mismos. Así se forma una red de interdependencia en que el cambio en la función de un elemento se refleja en los demás. Sin embargo, el momento inicial preserva su lugar de referencia primordial porque todos los demás elementos se relacionan *a priori* con él. Éste los

precede y define directa o indirectamente sus funciones. Emile Benveniste se refiere al punto inicial como referencia de la cual se extiende una hilera cronológica de acciones y hechos que constituyen la historia (Benveniste 97).

En este ensayo, se propone un momento inicial del que surge la relación entre Pedro Páramo y Susana San Juan así como dos momentos subsecuentes en los que se reflejan los matices del primero. Estos tres instantes dejan una huella en la mente del lector que permite la reconstrucción de un romance tortuoso cuyo destino fue esbozado desde el momento inicial. Así, la reproducción del momento axial en dos instancias posteriores provee un paraguas que cubre la trama de una historia de amor fallido y de caciquismo.

II. El momento inicial

En *Pedro Páramo*, las nociones que moldean la trama —como el poder, la violencia y el romance— surgen de la efímera escena con el papalote en que participan el niño Pedro y su amiga Susana San Juan. En la reconstrucción cronológica de la trama, es la primera escena¹ en que aparece la protagonista cuya presencia seguirá formando y deformando a Pedro Páramo. Este momento es crucial en la individuación del cacique quien hace y deshace la vida en Media Luna.

Este recuerdo es expansivo, se transforma en una alfombra por la cual transitarán las acciones, pasiones y desdichas de los protagonistas. Al marcar la formación de Pedro Páramo, este recuerdo define primero el destino de los personajes que entran directamente en contacto con él y luego el porvenir del pueblo. Así, las decisiones, acciones y aun la inactividad de Pedro Páramo —moldeadas a través de este recuerdo— impactarán las vidas de los pobladores de la región y la trama de la novela.

A primera vista,² la presencia de Susana en la memoria de Pedro se esboza de manera efímera y fragmentada. Aparecen los

dedos y los labios de la muchacha pero la atención del niño se desvía de ella. Parece que la timidez descamina la mirada del protagonista y la dirige hacia el papalote. Mientras tanto, los ruidos del pueblo suben a la colina y lo envuelven en una capa de ensoñación de la cual Pedro no saldrá ni al final de sus días. Las pinceladas mentales de Pedro pintan en su memoria imágenes idílicas e incompletas. Donde el retrato de Susana se desdibuja, los afectos del niño lo complementan. La carga sentimental de éste recubre el cuadro con un barniz de coherencia, armonía y euforia.

Durante el juego, se da una mezcla de sensualidad y ternura: “Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío” (18). Esta reconstrucción difiere de la mentalidad hosca del niño, tal y como el lector lo conoció en sus transacciones monetarias y el rechazo a cuidar al bebé de su patrón. Además, el tono de este recuerdo contrasta con la visión infantil y pragmática de Pedro quien se vuelve momentáneamente un poeta romántico en ciernes. A lo largo de su vida, esta faceta sensual servirá de lupa por la cual se deslizará su recuerdo y aumentará su deseo por Susana. Así, se manifiesta el lado tierno del niño que fomenta la ensoñación y manifiesta la necesidad de algo abstracto.

A través de la metáfora del beso dado por el rocío, la relación entre el protagonista y Susana adquiere dimensiones rituales. Se trata de un beso que los une de por vida y que el entorno verde, el viento y los ruidos acompañan para atestiguar su solemnidad. Aun el hilo del papalote que corre entre los dedos de los niños parece enlazarlos para siempre imitando la sensación de los anillos de boda que se deslizan entre sus dedos. Se crea un escenario de confabulación en que los niños y su entorno transforman el juego en una boda.

La voz del protagonista así como la del narrador indican que la reconstrucción del juego proviene de la mente de Pedro y que Susana no participa en la misma. Desde el inicio de la trama, Pedro se apodera de la escena alrededor de la cual girarán su vida y el

destino de Comala. Hasta las últimas escenas de la novela, él no permitirá que los recuerdos o interpretaciones de la muchacha u otro protagonista se inmiscuyan en su ensoñación hecha realidad.

No hay duda de que el juego con el papalote sin Susana no tendría ningún significado para Pedro. Sin embargo, también queda claro que la perspectiva de la niña permanece inexistente en la reconstrucción del juego ya que la personalidad del futuro cacique no lo permitió. Ella figura en el recuadro de Pedro, tal y como éste la imagina, sin tener derecho a hacer modificaciones.

En la novela, no se narra el encuentro entre los niños sino su recuerdo. El juego no fue descrito en el presente de enunciación –se perdió– pero su reflejo fue grabado en la memoria del niño. Desde ahí, empapó la fantasía y la imaginación del pequeño cacique durante su individuación. El punto cero, o el juego con el papalote, se ha transformado en la imagen mental y la guía del protagonista. Aunque Pedro Páramo mande en Media Luna, la efigie de Susana reina en su mente.

El hecho de que el momento inicial del romance surja de la memoria enfatiza que el rito de unión es un producto de la reconstrucción mental del protagonista. La memoria moldeó el evento clave a través de su registro subjetivo e incondicional. Así como no habrá hombre en el pueblo que cuestione los derechos de Pedro Páramo sobre las tierras, no hay ningún agente narrativo que cuestione la veracidad o el significado del juego con el papalote. Pedro desempeñó el papel del testigo, del escribano y del narrador del momento inicial.

Esta autoridad y la “posesión mental” del juego se transforman en una obsesión. Los círculos reflexivos que arrastran el recuerdo remolinean en la mente de Pedro y la obsesión vuelta pasión se transforma en una ley existencial. Ésta –como si fuera un molde– dará forma al caciquismo de Pedro Páramo.

Al mismo tiempo, la inexistencia “real” del juego sugiere

cierta irrealidad en torno a la vida del protagonista. El eje central de la historia no se ancla en el presente de enunciación sino en su remembranza. Así, nace una duda sobre la lógica del protagonista que define su plan de vida desde un recuerdo infantil.

La terquedad y la astucia de Pedro representan los pilares principales de este plan. Desde temprana edad, el protagonista logra imponer su voluntad y encubrir sus ensoñaciones con mentirillas. Más adelante en su trayectoria, Pedro sorprenderá al capataz de Media Luna y desmentirá las previsiones paternas sobre su incapacidad de encargarse de la hacienda.

Así, se da una lucha de fuerzas adversas dentro de Pedro. Por un lado, el carácter firme del niño que quiere transformar su sueño en realidad; y por el otro, la problemática transformación de una fantasía en el reino terrestre. Los polos opuestos de esta ecuación existencial –realidad *versus* ensueño– representan la balanza de probabilidades –éxito *versus* fracaso– que se mece de un lado a otro sin llegar a un punto de equilibrio.

La etapa infantil en que se encuentra Pedro da forma a su obsesión: se esboza una imagen sensual pero asexual de Susana. Se trata de una efigie esculpida por un niño cuyo espacio imaginario está enriquecido por una sensualidad libre de sexualidad. Como se trata de una impresión grabada en la mente del protagonista, permanecerá igual en todas las etapas subsecuentes de su vida.

En la vida adulta, Pedro nunca intentará tomar a Susana a pesar de su apetito sexual que se encargará de incrementar la población de su enorme hacienda. Aun en sus momentos de desesperación y en presencia indefensa de Susana, el acto sexual permanecerá fuera de su mente. Al contrario, tomará la postura paternal que consiste en amparar a Susana a toda costa; aunque en algunas ocasiones, esta intención se manifieste de manera cruel.

La ternura infantil en la que Pedro esculpió su amor quedará inalterada. Como si Susana fuera una gotita de rocío que el

protagonista congeló en una imagen fotográfica, éste la cuidará en su memoria y en su casa de cualquier contingencia. Ella se volverá la encarnación del contraste entre la crueldad y la ternura de su pretendiente. Por un lado, Pedro idolatra la imagen de su amada; y por el otro, desgarrá su entorno sin pensar en los efectos que los asesinatos de su marido y de su padre tendrán sobre ella.

Desde el momento inicial, Pedro se familiariza con la adversidad. El juego con el papalote y su remembranza en el baño resultaron breves, fueron truncados y cancelados en los momentos más intensos de su auge. El viento vence al papalote y lo precipita contra el suelo; mientras, su madre pone alto a su ensoñación con regaños y recomendaciones. Ni el juego con el papalote ni la ensoñación en el baño fueron reanudados posteriormente. El padre de Susana llevó a su hija fuera del pueblo y la madre de Pedro lo expulsó del baño.

Así, el niño traba sus primeras batallas con el tiempo real del juego que se interrumpe y el espacio de la ensoñación que se le prohíbe. Ambas dificultades están íntimamente ligadas con la imposibilidad de permanecer en un mundo de ensueños. Las restricciones relacionadas con el espacio se darán de nuevo en el momento “doloroso” y las del tiempo en el “final”.

El mundo externo ya levanta muros entre Pedro y Susana. Éstos se vuelven adversidades que comprimen el momento inicial y le dan una fuerza trascendental que marcará el resto de la trama. Esta compresión detonará una explosión que afectará a los moradores de Comala y su territorio. Sembrada en el momento inicial de la trama, la semilla de la sensualidad dará unos brotes amargos que teñirán el resto de la obra.

III. El momento doloroso

La remembranza del juego con el papalote no contiene alguna huella de dolor. Sus atributos son plasmados en colores

encantadores. Por otro lado, el recuerdo de la salida de Susana de Comala toma distintas formas afectivas, su tono narrativo se tiñe de matices sombríos. La lluvia empaña la ventana y el alejamiento de Susana ensombrece la mente de Pedro quien la observa. La unión realizada en el juego con el papalote se convierte en una sombra que crece durante la separación de los niños como si Susana fuera el sol poniente. Con cada paso de ella, la sombra de Pedro se alarga acumulando y multiplicando su dolor.

Las interrupciones del juego con el papalote y de su remembranza no dieron la chispa que encendió la ira de Pedro. Sin embargo, la partida de Susana lo hizo con creces. La esperanza hace la diferencia entre las reacciones del protagonista. Ésta nace en el juego con el papalote y se marchita durante la partida de la niña: “El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. [...] ‘No regresará jamás; no volverá nunca’” (28). El sentimiento de pérdida hiere y adquiere un poder maléfico en la incipiente personalidad de Pedro Páramo. La alegría del niño cede paso a una solapada mueca de dolor que el recuerdo del juego atizará durante el resto de su vida.

Así como el encuentro de los niños en la colina, bajo la sombra optimista del papalote, sirve de inicio de una larga ensoñación de Pedro; la partida de Susana marca el principio de su pesadilla diurna. El segundo evento marca el ensanchamiento de un vacío que las oleadas de dolor irán colmando. Como Susana permanece ausente en su vida, la herida sigue punzando. Así, la ausencia de una y la presencia de la otra forman un sistema de vasos comunicantes que irrigan de amargura el alma reseca de Pedro Páramo.

El momento inicial y el momento doloroso son complementarios, uno se refleja en el otro y así incrementan su impacto afectivo. La superposición de las imágenes de convivencia y de separación desemboca en un sentimiento de pérdida que ensombrece la existencia del protagonista. Aisladamente, ninguno de los dos eventos impactaría la formación del niño al grado de

trasformar su vida en la reconstrucción de un ensueño. Sin embargo, el enganche mental de estos momentos inmoviliza a Pedro en la etapa infantil de su formación afectiva.

Así, Pedro se traba en una pasión dinámica articulada por dos momentos. El recuerdo del juego con Susana se enlaza de manera automática con el de su partida y *viceversa*, de tal forma que el surgimiento de uno sirve de disparador del otro. La “comunicación” entre las dos imágenes crea un espejismo del vacío que absorbe la existencia del protagonista.

La carga sensual y placentera del momento inicial se conserva en la confluencia con el doloroso pero su sentido se invierte, se transforma en el catalizador de la desdicha. En el momento doloroso, la intensidad afectiva del momento inicial se convierte en una catapulta que proyecta a Pedro en un ámbito de desesperadas búsquedas de Susana. El protagonista permanece flotando en un ámbito desprovisto de referentes concretos que le permitirían aterrizar sus planes.

La salida de Susana de Comala también despierta el deseo de posesión. Este impulso acaso estaba latente en el juego con el papalote pero la partida de la niña lo despabila. El lector presente que un maquiavelismo se acuña mientras el niño contempla la escasa posibilidad de ver de nuevo a Susana: “No regresará jamás; no volverá nunca” (28). El pensamiento de Pedro se revuelve en el negativismo mientras el deseo de posesión germina en su mente.

La recuperación de la niña se presenta como el único remedio para el dolor que su partida causa. Como el recuerdo de Susana es indeleble, su recuperación es imperativa. Así, el plan de rescate surge como una respuesta a la superposición de dos momentos: el juego con el papalote y la partida de Susana.

Como la recuperación de Susana es incierta y su ausencia prolongada, el protagonista se transforma en un descargador de energía negativa. Cualquier acercamiento a éste desencadena su ira.

Su comportamiento se basa en la reproducción del daño sufrido en su infancia que ahora él propicia a los demás. El dolor causado por el alejamiento de Susana se reitera cuando un personaje se encuentra en la proximidad de Pedro. La primera hiere alejándose y el segundo acercándose, forman una pareja que descarga sufrimientos de modos opuestos.

La inmovilidad con la cual Pedro observa el alejamiento de Susana se vuelve su *modus vivendi*. Se hunde en un tipo de estancamiento y las relaciones humanas no ocupan más que unos breves momentos de su atención. En ocasiones, su capataz, el abogado o el empleado lo desprenden de su ensimismamiento para darle alguna alarmante información sobre el estado de sus propiedades. Sin embargo, la tranquilidad y la rapidez de sus réplicas manifiestan el desinterés en los asuntos que ni siquiera debían haberlo sacado de su quietud.

La tranquilidad en la repartición de veredictos y castigos dará la sensación de seguridad e invencibilidad de Pedro Páramo. El niño cuya inocencia fue rota como el papalote se volverá un cacique atemorizante. La absorción silenciosa de su infortunio lo transforma en un repartidor sereno de desgracias. Con pocas excepciones, sus “queridas”, esposa e hijos quedarán asombrados por la eficacia de sus artimañas. Sin embargo, la ternura por Susana palpita dentro de su armadura que fue forjada para enfrentar el mundo.

Como parte de esa armadura, nace el deseo por la posesión material y el poder que le permitirían domar el mundo y recuperar a Susana. La incapacidad de impedir la partida de Susana se vuelve terreno fértil para la idea de adquirir todo y, así, dar marcha atrás al tiempo para ubicarse de nuevo en los momentos de felicidad que encarna el juego con la niña. Llevada a su límite, esta ambición se transforma en el plan de poseer hasta la tierra que Susana ha pisado y la gente que la ha poblado a fin de que su deseo pueda realizarse.

El paso de la escena con el papalote al momento doloroso

conlleva una transformación sustancial. Al resbalarse por una efímera sensación de felicidad, que parecía abrir la ventana a un ámbito atemporal, el protagonista cae en un mundo concreto y restringente. En éste, la reacción del joven consiste en armar un complot contra el orden que ha atentado contra su felicidad.

Pedro ha captado bien la relación entre el poder de los adultos y su impacto sobre los niños. Al atestiguar el lazo entre la influencia del padre y la partida de su hija, la lógica de Pedro estipula que si él se apodera de todo y somete a todos, Susana será suya. Este razonamiento proyecta a Pedro en el lugar del padre, no únicamente para recuperar a Susana, sino también para ofrecerle “amparo”. Al usurpar el lugar paterno al lado de Susana, esta idea se vuelve realidad.

La adaptación que Pedro manifiesta al pasar de la fenomenología de la felicidad a la cruda realidad asombra a los moradores de Media Luna. El aura de la felicidad cósmica que sintió durante el juego con Susana le dio alas para malversaciones y rapiñas. Una parte del niño permaneció en aquel cielo de ensoñaciones y la otra adquirió un carácter malévolo.

En el ámbito pragmático, la implementación del principio “el poder como medio de conseguir a Susana” triunfa. Susana San Juan regresa al pueblo y encuentra su lugar de amparo bajo el techo del cacique. Sin embargo, el raciocinio de Pedro solo tomó en consideración los aspectos concretos y olvidó que el inicio de su relación con Susana fue espiritual.

Al cambiar de nivel—pasando de la sensualidad a lo concreto—, Pedro se desvía de su camino y se desploma como el papalote. En el último tramo de la novela, su desmoronamiento corporal representa el fracaso de su lógica. El intento de dar vuelta atrás al tiempo falla porque la recuperación de Susana resulta incompleta, desprovista del espíritu afectivo en que nació el deseo del protagonista.

Así como el “momento doloroso” abre una brecha entre el

mundo sensual y el maquiavélico, también crea la unión de fuerzas opuestas en la mente de Pedro: el pesimismo sobre el regreso de Susana y la determinación incondicional de recuperarla. El tironeo de estas fuerzas extiende la existencia del protagonista en sentidos opuestos y lo condena a librar batalla a la vez dentro de sí y en el mundo externo.

Después del “momento doloroso”, la tensión entre el pesimismo y el esfuerzo nunca conoce tregua en la vida de Pedro. Por un lado, el conflicto interno establece un tono de frialdad, y por el otro, da cabida a finiquitos despiadados. El dolor interno fluye hacia el exterior y crea un ámbito de amargura y violencia.

El equívoco empate interno, entre el pesimismo y el esfuerzo, se da también en su relación con Susana. Pedro no logra recuperarla de manera cabal, ni puede abandonarla. Las tensiones afectivas y dificultades espaciales, atestiguadas en el momento de partida de Susana, se impondrán de nuevo en la fase final de la lucha de Pedro. Susana estará cerca y lejos, mientras Pedro no podrá tenerla ni dejarla ir.

IV. El momento final

Si consideramos que los últimos días de Susana y su fallecimiento penden de los hilos narrativos que forman un nudo llamado el “momento final”, éste revela una confluencia del momento inicial y del doloroso. La estructura fragmentada y anacrónica de la novela se presta a distintas combinaciones. Los significados de las secciones se desplazan y forman nuevas composiciones. Así, los tonos y las temáticas de los momentos anteriores se conjugan en el “final”.

Como si fuera una ensoñación, el regreso de Susana a Comala parece dar vuelta atrás al tiempo. La presencia de la protagonista traslada a Pedro Páramo a su infancia. Al escuchar los comentarios sobre su llegada, el cacique recibe la descarga de un destello eufórico

que surge del momento inicial.

El capataz interpreta espontáneamente esta transformación de su patrón como rejuvenecimiento. El tiempo creó un cortocircuito, el pasado y el presente hicieron contacto y produjeron una chispa que alumbró la imagen de Susana grabada en la mente de Pedro.

Sin embargo, el circuito es de corta duración. Mientras la noticia trae el júbilo de su infancia, Pedro corta sus lazos con Susana. Ya no es un niño admirador del tiempo cósmico, él ha pasado por la transformación del momento doloroso y ahora Susana se encuentra ante un embaucador enamorado cuyo despliegue bélico entra en función automáticamente.³ Hay que asegurarse de que Susana no se vaya de nuevo, de que su padre desaparezca, de que ella encuentre un amparo en mi casa, de que... Los “de que” sirven de clavos que encierran al cacique en la caja de sus artimañas y lo apartan del espíritu libre de Susana aun antes de que ésta muestre su despego de la existencia terrestre.

Tratando de posesionarse de su amada, el cacique implementa el principio de eliminación y orquesta la desaparición de su padre. Este tipo de pragmatismo lo ha llevado al lado opuesto de la colina en que jugó con Susana en aquellos tiempos. Ahora, el cacique no tiene nada en común con ella al igual que ella no tiene nada en común con *este* mundo. Sus actividades y deseos apuntan en direcciones opuestas. Por tanto, el amor de Pedro Páramo no encuentra al ser amado y regresa al punto de partida en forma de una nueva amargura.

Así como la llegada de Susana hizo girar la rueda del tiempo hacia atrás y colocó al protagonista en el momento inicial de la trama, la muerte de ésta recrea la escena del momento doloroso –o de la separación– y así reinicia el movimiento temporal hacia adelante. La desaparición de Susana es un aviso del tiempo de que su marcha no puede invertirse indefinidamente. Su movimiento hacia adelante obliga a los protagonistas a desprenderse de sus sombras infantiles.

Pedro se rehúsa a acatar esta regla del tiempo y prefiere

adaptar su vida a un contexto lleno de fragmentaciones y retrocesos porque la existencia esparcida en añicos de tiempo se presta a sus combinaciones personales. El lector tiene la impresión de que la fragmentación textual fue ocasionada por el protagonista quien despedazó su historia para posesionarse del pedazo deseado: el momento inicial.

Al escuchar las noticias sobre el regreso de Susana, el cacique parece haber sometido la rueda del tiempo a su voluntad como solía hacerlo con la gente. El fragmento de su vida, perdido en los páramos de su infancia, fue recuperado. Sin embargo, la pieza arrancada del pasado trae grietas y raspones que la desfiguran. Susana ya no es una niña que ríe y cuyos labios están empapados de las gotas de rocío, ahora es una mujer atormentada cuya mente se refugió en la locura para evadir las presiones e imposiciones del mundo externo.

Resulta que Susana y Pedro han cambiado drásticamente desde su encuentro en la colina. Sin embargo, lo que perdura hasta la muerte de Susana, y después de la misma, es la inagotable pasión de Pedro por la muchacha que se fue aquel día de lluvia. La mente de éste no acata las reglas del tiempo y permanece anclada en el momento inicial.

Antes de la muerte de Susana, Pedro tomó la misma postura que en el momento doloroso: la contemplación y la inmovilidad. Depuesto de su poder, éste encarna de nuevo al niño indefenso ante los embates del destino. Así como el protagonista se debate en un enredo de hilos temporales para regresar al momento de su felicidad, el tiempo lo arrastra hacia el momento doloroso.

A excepción de unos momentos y las ensoñaciones de Pedro, el tiempo controla la vida del protagonista e impone su ley de cambio. Por un lado, aparta a Susana de Pedro Páramo; y por el otro, los transforma. Uno se vuelve déspota y la otra un espectro de la demencia. Aunque se reúnan de nuevo al final de la novela, son incompatibles, pertenecen a distintos ámbitos existenciales.

El tiempo es un contrapunto del poder del cacique. El hombre ha abofeteado al pueblo y pisoteado todas sus leyes pero el tiempo no se deja avasallar y la salida de Susana permanece irrevocable. El poder del cacique fue enfrascado en una cápsula de tiempo que contiene su pueblo pero Susana fue extraída de la misma.

Después del fallecimiento de Susana, Pedro Páramo decide castigar el pueblo como solía hacerlo después de la primera partida de la protagonista. De nuevo, la rueda del tiempo da marcha adelante y el cacique hacia atrás: la vida de Susana se acaba y el cacique retoma sus prácticas sádicas.

Al castigar al pueblo por el ruido que causa o por mitigar el dolor causado por la muerte de Susana, Pedro parece ubicarse en una foto instantánea representativa de dos momentos de su vida. La pasividad experimentada en el momento doloroso se combina con el deseo de oprimir a la gente. Así, el cacique cruza los brazos y, como si tachara la vida con este gesto, comparte su desgracia personal con el pueblo.

El cuerpo de Pedro Páramo se vuelve representativo de Comala. Poniendo simbólicamente sus brazos en forma de cruz sobre su pecho, el pueblo se muere. Esta proyección del estado existencial del cacique en el pueblo fue reflejada a lo largo de la novela. Su amargura y dolor eran tan contagiosos que casi cualquier persona que se le acercaba resultaba infectada. Y al final de la novela, la tragedia del patrón se vuelve la de todos.

La muerte de Pedro representa también la reiteración del intento de recuperar a Susana. Así como implementó un plan para “conquistar el mundo” y apoderarse de Susana; al final de la novela, Pedro se deja ir para zafarse del mundo en que se encuentra atrapado para tomar el camino en que Susana lo precede.

Así, la muerte del cacique se revela una continuación de la búsqueda de su amada. Cuando el padre lleva a Susana al monte, Pedro manda a su capataz para que la recupere; y cuando ella fallece,

él va a buscarla personalmente. La terquedad del niño se refleja en el hombre, no sabe cómo tomar un “no” como respuesta a sus anhelos.

En los últimos momentos de su existencia en *este mundo*, Pedro Páramo responde a la invitación de desayunar: “Voy para allá. Ya voy” (159). Sin embargo, no llega a la mesa sino se dirige por uno de los caminos cósmicos que atraviesan Media Luna para ver si éste se cruzará con el de Susana. Él está hambriento y sediento pero no de comida, sino de su Susana. Reseco por la carencia de su sustento afectivo, se petrifica y desgaja: “Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras” (159).

V. Conclusión

A través de los tres momentos analizados, se revela un despojamiento de sentidos y sensibilidades del protagonista. Su camino podría interpretarse como el de la vida cuyas etapas –la niñez, la adultez y la vejez– manifiestan respectivamente el optimismo, el realismo y el pesimismo. Los momentos clave de la existencia de Pedro Páramo están comprimidos en estos puntos y, desde allí, develan la trama de la novela.

En el momento inicial, Pedro disfruta de una temporalidad cósmica. Su vista y oído absorben el entorno con un gran sorbo de entusiasmo. La vida lo mece y él se eleva más alto que el papalote. La presencia de Susana se vuelve una inspiración que perdura hasta el final de su vida. Este momento representa el florecimiento afectivo del niño.

A diferencia de los dos momentos posteriores, éste es el único que marca la expansión del *eros*. El protagonista se apoya en una actividad infantil y se proyecta hacia un futuro de plenitud o goce. El juego marca el optimismo y la ingenuidad infantiles cuya duración corresponde a la sobrevivencia del papalote en el aire.

En el segundo momento, la ausencia del sentido auditivo

de Pedro marca su encarcelamiento en *este mundo*, su presencia se reduce al estado de un observador pasivo. La belleza del mundo externo –Susana– yace fuera de su entorno herméticamente cerrado. En este lapso, el ámbito afectivo del protagonista se transforma. Pedro pasa de una etapa de euforia infantil a la conciencia de vivir en un ámbito de restricciones y amarguras.

La pérdida del optimismo en el momento doloroso se manifiesta también a través de la restricción del espacio. La colina barrida por el viento, vista en el momento inicial, se reduce a una habitación. La imposibilidad de oír a o hablar con Susana, aunada a la vista fija en un espacio reducido, representan su encarcelamiento. El aislamiento del protagonista se reitera al final de la obra cuando observa a Susana enrollada en su locura y sábanas, tan cerca y tan lejos.

El momento final marca profundos cambios en la vida del cacique. La esperanza se adelgaza sin romperse, mientras la violencia se vuelve obsoleta. El cacique castiga al pueblo por la necesidad de un desahogo a sabiendas de que éste no le permitirá acercarse a Susana. La debilidad corporal, la confusión, la pasividad y las lamentaciones de su sirvienta anuncian el final de una larga lucha contra el destino.

La desesperación de Pedro, cuya amargura llega a un nivel inalcanzado anteriormente, hace estallar su bilis. Desde la primera vez que Susana le volteó la espalda, la amargura ha goteado ininterrumpidamente en su alma y lo obliga en este momento a cortar todas las amarras con este mundo y a tomar el camino del tiempo cósmico que acaso lo llevará a su meta.

A pesar de una gran complejidad de flujos temporales que ordenan y desordenan la trama de *Pedro Páramo*, se destaca el impulso anacrónico en los momentos analizados. El segundo y el tercero reflejan el deseo del protagonista de regresar al momento inicial, mientras el tercero apunta ineluctablemente hacia los otros

dos.

La observación de la salida de Susana de Comala adquiere una fuerza afectiva porque se relaciona directamente con su contrapunto: la felicidad y la alegría que brotaron de la remembranza del juego. Sin el momento inicial, el alejamiento de ésta no tendría ningún valor temático ni afectivo para el protagonista. Así, cuando Pedro mira a Susana en su camino hacia las afueras del pueblo, simultáneamente la ve jugando con el papalote y riéndose. Las dos imágenes se sobreponen y definen los límites de su existencia: el goce y la catástrofe.

Al final de la novela, el fallecimiento de Susana marca el apogeo de la desesperación de Pedro Páramo. Este sentimiento no anula su esfuerzo de acercársele; al contrario, se acuerda de ella y su anhelo se renueva:

—Susana —dijo. Luego cerró los ojos—. Yo te pedí que regresaras... (158)⁴

Por última vez, Pedro intenta dar marcha atrás a la rueda del tiempo para regresar al momento inicial. La imposibilidad de este traslado temporal crea una tensión que únicamente la disolución de la vida puede superar. Pedro Páramo se desmorona, se vuelve polvo, y se escurre por una ventanilla cósmica como si fuera estirado por el hilo de su papalote.

Monterrey, 2011

NOTAS

1. Aunque sea posible que el juego en el agua (río, lago, charco...) sea anterior a éste.
2. Gracias a la voz narrativa, el lector se vuelve testigo del estado afectivo del protagonista.

3. El estado mental de Pedro Páramo recuerda el refrán *bellum omnium contra omnes* que Thomas Hobbes usa para dar forma a su teoría sobre las relaciones humanas en *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*.
4. Presentando de manera concisa en esta cita, el concepto de *regreso* –que gira alrededor del “momento inicial”– refleja las nociones como la fragmentación, la reiteración y los múltiples planos de significación que Yuri M. Lotman plasma en *Estructura del texto artístico*.

REFERENCIAS

Benveniste, Emile. *Problemas de lingüística general*. Trad. Silvia Zamora Pérez. México: Siglo XXI, 1982.

Hobbes, Thomas. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Trad. Manuel Sánchez Sarto. México: FCE, 1984.

Lotman, Yuri. *Estructura del texto artístico*. Trad. Victoriano Imbert. Madrid: Ediciones Istmo, 1982.

Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*. Trad. Jorge Salcedo. México: Milenium, 1999.

Ricoeur, Paul. “Poética de la narración: historia, ficción, tiempo”, *Tiempo y narración III*. Trad. Liliana Ramírez. México: Siglo XXI, 2007.

Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*, México: FCE, 1986.